

do con la grata misión de representar al Gobierno y al Pueblo de Guatemala en los festejos y solemnes actos oficiales que en conmemoración del Primer Centenario de su gloriosa Independencia se prepara á celebrar esta hermosa y próspera República.

Traeros en el centésimo aniversario del más grandioso acontecimiento que registra la Historia de México, el fraternal saludo del Pueblo de Guatemala, que se halla unido al vuestro por los indestructibles lazos de la sangre y por la más sincera y cordial amistad; significaros la viva participación que el Gobierno y Pueblo Guatemaltecos toman en el grande y legítimo júbilo que embarga á vuestros conciudadanos en esta conmemoración, que, á su vez, también hacen el Gobierno y Pueblo Guatemaltecos, recordando la influencia poderosa que tuvo en la independencia de los países centroamericanos la de este noble Pueblo: tal es la muy honrosa, al par que muy agradable misión que se me ha confiado.

Compláceme en extremo, Excelentísimo señor, tener la honra de poner en vuestras manos la carta que me acredita con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Misión Especial ante el ilustrado Gobierno que dignamente presidís, y cábeme también la honra de presentaros, por especial encargo, el atento y cordial saludo de Su Excelencia el señor Presidente de Guatemala. Séame permitido expresar, al mismo tiempo, el mío muy respetuoso, y suplicaros los aceptéis con los votos que hago por vuestra ventura personal y por la creciente prosperidad y grandeza de la Nación Mexicana.

NÚMERO 16.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Doctor don José Antonio Rodríguez, Enviado Especial de El Salvador, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 6 de septiembre de 1910.

Excelentísimo señor:

Siempre habéis manifestado noble interés por el bienestar y por la prosperidad de la República de El Salvador, la que desde hace tiempo cultiva y mantiene con México amistad inquebrantable; y en los actuales momentos históricos de glorias y triunfos para esta floreciente Nación, mi Patria, en su perseverante anhelo porque perduren tan amplias y francas relaciones, viene á tomar modesta, pero sincera parte en el coro de simpatías y de adhesión que todas las naciones cultas elevan á este generoso Pueblo, celebrando con entusiasmo el Primer Centenario de su vida libre é independiente.

El Gobierno de El Salvador ha colmado mis aspiraciones, distinguiéndome con el honroso nombramiento de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca del ilustrado Gobierno que tan dignamente preside Vuestra Excelencia; y me ha confiado la misión, para mí tan grata, de venir á saludar en sus grandes días al heroico Pueblo Mexicano y á su eximio Gobernante, que, con sabiduría, patriotismo y gran carácter, templados por su proverbial bondad, lo ha sabido colocar en lugar distinguido en el concierto de los grandes pueblos.

Al poner en vuestras manos esta carta credencial, permitid os haga presentes los votos efusivos que formulan el Pueblo y el Gobierno Salvadoreños por la ventura personal de Vuestra Excelencia,

por la prosperidad de su Gobierno y la del laborioso Pueblo Mexicano.

Aceptados, Excelentísimo señor, con la expresión de los míos muy respetuosos y cordiales.

NÚMERO 17.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Antonio da Fontoura Xavier, Enviado Especial de Brasil, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 6 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Tengo la honra de poner en manos de Vuestra Excelencia la carta que me acredita con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Brasil, en Misión Especial.

La celebración del Centenario de la Independencia de los Estados Unidos Mexicanos encontró desde luego un eco amigo en todo mi País. Es que entre los Pueblos que representamos, señor Presidente, existen muchas afinidades que acortan la distancia que nos separa y estrechan cada vez más la amistad que nos une, á medida que avanzamos en tiempo. Procedemos de la misma civilización que asombraba al mundo con su poderío en el momento en que plantaba las bases de nuestra estructura orgánica; fuimos, durante el período de un eclipse histórico, la prolongación del mismo gran imperio en este Continente; fuimos también los únicos elegidos de América para revivir en nuestro suelo las instituciones seculares que fijaran la grandeza de otros pueblos. Por eso los Brasileños seguimos con tanto interés vuestro destino, vuestras glorias y los avances de vuestra literatura.

Me es altamente satisfactorio, señor Presidente, volver á México en estos días memorables de regocijo nacional, por los recuerdos que conservo de mi paso por aquí en mi primera escala diplomática, títulos que sin duda fueron los que me recomendaron para esta misión.

Servíos aceptar, señor Presidente, los votos del Presidente Nilo Pecanhá, de su Gobierno y del Pueblo Brasileño por la salud y felicidad de Vuestra Excelencia y por la gloria y prosperidad de la Gran República Mexicana.

NÚMERO 18.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Carlos Concha Subercazeaux, Enviado Especial de Chile, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 6 de septiembre de 1910.

Excelentísimo señor:

El Gobierno de Chile ha querido demostrar sus especiales simpatías y afectos por este noble país, que tanto debe á los dilatados esfuerzos de vuestro patriotismo, designando una Delegación Extraordinaria encargada de presentaros los votos que el Pueblo y Gobierno Chilenos formulan por la prosperidad de los Estados Unidos de México, y por la dicha personal de Vuestra Excelencia, al asociarse á vosotros para celebrar el Primer Centenario de vuestra Independencia Nacional.

Cábeme la honra de poner en manos de Vuestra Excelencia las Cartas Autógrafas que acreditan á nuestro Ministro permanente en México, don Eduardo Suárez Mujica, y al que tiene el honor de dirigiros la palabra en estas solemnes circunstancias, como Enviados Extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios de Chile en Misión Especial.

Nuestro Gobierno ha asociado á nuestra Misión á caracterizados y distinguidos Jefes del Ejército y la Armada Nacionales, á fin de que el Gobierno y el Pueblo Mexicanos puedan apreciar que Chile se une por entero á vuestro justo regocijo cuando celebráis vuestro Centenario en una era de paz, gozando de vuestro merecido crédito financiero, en el pleno desarrollo de vuestras riquezas y disfrutando de la alta estima y consideración que todas las Naciones os profesan.

La buena amistad de nuestros respectivos Países jamás ha sido perturbada, y hoy sentimos estrecharse más los lazos que los unen, pensando en la comunidad de nuestro origen y en las simpatías de nuestra Historia; el grito de Dolores, del 16 de septiembre, repercutió dos días después en el Cabildo abierto de Santiago, y el mismo sol de septiembre vió nacer en el Continente Americano dos Naciones hermanas á la vida de los pueblos soberanos.

NÚMERO 19.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Jacinto Sixto García, Enviado Especial de Argentina, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 6 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Muy honrado me considero al depositar en manos de Vuestra Excelencia la carta autógrafa de Su Excelencia el señor Presidente de la República Argentina, por la que se ha dignado acreditarme como Delegado en Misión Especial, para que, unido al señor Capitán de Fragata don Enrique Fliess, quien viene investido de igual carácter, representemos al Gobierno Argentino en las fiestas que esta República hermana dispuso para conmemorar el Primer Centenario de su Independencia.

Circunstancias imprevistas privan á mi distinguido colega de la satisfacción de estar presente en esta solemnidad; pero dentro de pocos días se honrará ofreciéndolos el homenaje de su admiración.

Me siento legítimamente orgulloso de que mi Gobierno me haya designado para interpretar los sentimientos de afectuosa simpatía y amistad que le inspira esta tierra privilegiada, cuyos hijos tanto aman la independencia.

Muy pronto debe arribar al puerto de Veracruz la Fragata Escuela "Presidente Sarmiento," siendo portadora de los votos de simpatía de nuestro Ejército y Marina de Guerra, en su adhesión al justo regocijo de sus camaradas de México.

Permitidme, señor Presidente, que, entre tanto, haga pública mi satisfacción al contemplar con orgullo de hispano-americano los progresos que habéis hecho en todas las manifestaciones de la actividad humana, y el bienestar que habéis adquirido, por medio de nobilísimos esfuerzos, en el transcurso de esta primera centuria de vuestra vida independiente.

Justo es también pagaros un merecido tributo de admiración,

porque sois el artífice de toda esta maravillosa transformación, escrita ya con letras de oro en las páginas de la Historia Mexicana.

El porvenir de este País, dado el desarrollo creciente de sus fuentes naturales de riqueza y el patriotismo jamás desmentido de sus hijos, sabrá corresponder á las glorias del pasado y á la visión clara de sus próceres, sin que tengáis que temer á las adversidades del destino, ni dudar de vuestra pujanza, porque una voluntad resuelta y constante todo lo vence.

Labor gigantesca y trascendental habéis realizado en este corto período de vida; labor digna de un pueblo nuevo, que acumula justas ansias é iniciativas audaces; que estimula los esfuerzos levantados; que se dignifica por las únicas conquistas merecedoras de alabanza, ó sea las que se derivan de la paz y del trabajo esparciendo magníficas enseñanzas.

Y en prueba de todo, el mundo os admira, tenéis aquí á los representantes de todas las naciones civilizadas, que os vienen á rendir justo homenaje al concluir la primera centuria de vuestra vida independiente, respirando el aura vivificante del orden, de la paz y de la justicia. Bienes inapreciables que vos, señor Presidente, habéis hecho conservar aún á costa de grandes sacrificios.

Si en el orden político-administrativo vuestra labor es de sabias enseñanzas, en el orden social, permitidme una efusión de mi alma: contáis con una sociedad cultísima é ilustrada, de la cual hasta los más recalitrantes viven halagados.

Estos prodigiosos cimientos de vuestra grandeza, permiten presagiar lo que muy pronto alcanzaréis con general contento y muy fundado orgullo de las Naciones que, teniendo, como vosotros, idioma y origen comunes, han de sentirse más envaneidas de vuestro triunfo.

Os presento, señor Presidente, las felicitaciones que el Gobierno y el Pueblo Argentinos envían al Pueblo Mexicano y á su digno Gobierno, y hago votos muy sinceros porque la prosperidad que hasta hoy habéis alcanzado no sea interrumpida en el segundo siglo de libertad.

NÚMERO 20.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Enrique Muñoz, Enviado Especial de Uruguay, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 6 de septiembre de 1910.

Excelentísimo señor:

Presento á Vuestra Excelencia el Poder que me acredita Delegado del Uruguay, en México, en ocasión á las fiestas con que esta República solemniza el Primer Centenario de su Independencia. No significa la presencia del Uruguay en estas fiestas un simple acto de cortesía. No es la ceremoniosa visita de un extraño ó de un amigo. Es más que eso: es la concurrencia de un miembro de una misma familia —de esa gran familia de Repúblicas que forman la América Latina— que viene á participar de las patrióticas expansiones de un pueblo hermano y á traerle sus congratulaciones por la situación de plena prosperidad en que lo encuentra su Primer Centenario de vida independiente. Tal es el fruto bendito de la paz! Y si bien ésta es la obra del patriotismo de todos los mexicanos, vos habéis sido y sois uno de sus principales factores.

Tened á bien, Excelentísimo señor, aceptar, con el documento que os entrego, los votos afectuosos del Uruguay por la mayor prosperidad de México y por la felicidad personal de su Primer Mandatario.

NÚMERO 21.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir las credenciales de los Excelentísimos señores Enviados Especiales de América, Austria-Hungría, Estados Unidos de América, Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Brasil, Chile, Argentina y Uruguay, el 6 de septiembre de 1910.

Señores Ministros:

Sólo por la brevedad del tiempo, que no me permitiría, como quisiera, dar individualmente á cada uno de vosotros mi cordial bienvenida en nombre del Pueblo y del Gobierno de México, lo hago en este único acto, con la esperanza de que vosotros lo excusaréis, bien convencidos de que los sentimientos que á mi Gobierno animan para con los que brillantemente representáis, son de los más sinceros y amistosos.

La conmemoración que nos congrega es de un carácter esencialmente fraternal, y bien está, cuando de hermanos se trata, que no se registren diferencias ni señalamientos; los que si nunca existieron, menos existirán ahora, en que México, al cabo de años, trabajos y esfuerzos, siéntese satisfecho de que las Naciones extranjeras con las que cultiva relaciones leales y honradas, se hayan servido aceptar su invitación para venir y festejar con nosotros la fecha trascendente de nuestra emancipación política.

Aquella satisfacción sube de punto, si se atiende, cual es fuerza que se atienda, á la calidad y merecimientos vuestros, que os hacen tan acreedores, aun despojándoos de vuestra alta investidura, á que en donde quiera seáis bien recibidos.

Por eso os reitero mi cordial bienvenida; os doy gracias muy expresivas por vuestra presencia aquí; y mucho me complace la numerosa Delegación de los Estados Unidos de América, compuesta de altas personalidades, que, con su elevada representación nacional, traen también los mejores votos del noble Pueblo Americano, así como la Delegación de la República de Chile. También debo dar las gracias muy especiales á las florecientes Repúblicas del Brasil y la Argentina, que extremaron su cortesía hasta enviarnos buques de sus flotas y grupos de sus valientes marinos, para patentizar que las ligas fraternales que nos unen son cordiales y duraderas; con lo que mucho realzará el brillo de estos festejos nacionales, por los que tanto nos afanáramos. Por eso os encarezco á uno por uno de vosotros seáis servidos de transmitir á vuestros Gobiernos respectivos el agradecimiento nuestro y la renovación que de sus mejores votos, en ocasiones varias ya expresados, formula México por la prosperidad y dicha de las Naciones que dignamente representáis y por la de sus ilustres Jefes.

NÚMERO 22.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Marqués de Polavieja, Embajador Especial de España, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 7 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

De tantas mercedes como debo á la munificencia de Su Majestad el Rey, ninguna quizás haya de labrar mayor huella en mi corazón que el honrosísimo cargo de Embajador Extraordinario, en Misión Especial, para representar á Su Majestad, y con Su Majestad á la Nación Española, en esta celebración del Centenario de la Independencia de México. Tal es, señor Presidente, la impresión que va subyugándome desde que, apenas hace unas horas, tuve la dicha y honra de pisar este noble y privilegiado suelo.

No sabría ciertamente cómo agradecer tanta atención, tanta exquisita cortesía que me han prodigado las autoridades de Veracruz, á la par del bondadoso saludo personal de Vuestra Excelencia, y la cordialísima y grandiosa recepción en esta capital, más bella que lo bella que la imaginaba; pero todo eso creía verlo y adivinarlo en la fama y mi convicción de vuestra galantería y cultura.

¿Pero no he de poder y deber decir que mi emoción procede de las ovaciones populares á partir de Soledad, de tan grato recuerdo para nuestra fraternidad, y continuadas en otras estaciones, aún después de entrada la noche: banderas nuestras cruzadas, niños formando con sus trajes y adornos, grupos alternados de nuestros colores nacionales, poesía cariñosísima y generosa, marcha real, vivas á España y su Rey, ¡á España mexicana! salido todo de las sanas y candorosas entrañas del pueblo, ingenuo, sin rémora ni estorbo de prejuicios en sus espontáneos sentimientos, y, por lo mismo, cimiento, sangre y nervio de las Naciones?

Al tener la honra de poner en manos de Vuestra Excelencia la Carta Real que me acredita cerca de Vuestra Excelencia y de su Gobierno, sólo me atreveré ya á agregar que traigo una misión especial, no de amistad, sino de amor, y quizá Su Majestad el Rey y su Gobierno creyeron dar á México una prueba palpable de esos sus sentimientos, eligiendo á quien se honra y envanece de tener sangre mexicana en sus venas.

NÚMERO 23.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir las credenciales del Excelentísimo señor Embajador Especial de España, el 7 de septiembre de 1910.

Señor Embajador:

Sea bienvenida la Embajada Especial con que España y su Monarca se han dignado favorecernos en ocasión tan memorable y señalada.

Ello está comprobando que los lazos de la sangre ligan para siempre á los pueblos y á los hombres, por más que hombres y pueblos, acatando una imperiosa ley biológica en determinado momento histórico —como nosotros con nuestra guerra de Independencia—, luchan esforzadamente por su emancipación absoluta.

Lograda ésta, prodúcese un acercamiento espontáneo, de dura-

ción indefinida, porque se apoya en la sangre común, en la voluntad recíproca y en la estima mutua. Y nada hay tan grato como las reconciliaciones de los padres con los hijos que ya se valen á sí mismos y sólo reclaman, alrededor del hogar ancestral, el asiento que ocupaban antes de emanciparse y de ganar su vida honrada y dignamente.

España fué la madre de casi todo un continente y sigue y seguirá siéndolo, porque, aunque ella al otro lado de los mares y nosotros á éste, tengamos cada cual existencia libre y soberana, las maternidades nunca prescriben.

De ahí que nuestra solemne y jubilante conmemoración de hoy, si España no se asociara á ella, nos hubiese resultado incompleta.

Con España entre nosotros, y tan bien representada, por añadidura, el Primer Centenario de la Independencia Nacional obtiene todo el alcance que para ser inolvidables han de poseer los fastos históricos de los pueblos que no se desdennan de sus orígenes, cuando, como en el caso de México, esos orígenes son limpios, preclaros y legítimos.

NÚMERO 24.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Mayor General don Enrique Loynaz del Castillo, Enviado Especial de Cuba, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 7 de septiembre de 1910.

Excelentísimo señor Presidente:

El Gobierno de la República Cubana nos ha conferido el honor altísimo de designar al que os habla y á mis esclarecidos compatriotas los señores Doctores Evelio Rodríguez Lendian, Juan Miguel Dibigo y Enrique Hernández Miyares, como Enviados Extraordinarios en Misión Especial para presentar al Pueblo Mexicano y al Ilustre Caudillo que preside sus destinos, las felicitaciones cordialísimas del Pueblo Cubano y de su Primer Magistrado, en esta venturosa celebración de la Independencia Mexicana.

Cuando Hidalgo el venerando agitó con sus manos amadas y benditas la campana de Dolores, y los ejércitos valientes cruzaron los valles y ascendieron á las cumbres, desplegando la bandera de esta heroica Nación, á México volvieron los ojos los pueblos irredentos para aprender en el heroísmo de aquellas batallas de la Independencia la resolución de buscar la libertad sólo en la victoria ó en la tumba.

Cuba, la última emancipada, levantando en su frente de joven guerrera el frígido símbolo victorioso de su libertad, á México presenta la ofrenda de sus simpatías y su admiración; y su homenaje al espíritu heroico de los que fundaron la Independencia Mexicana y la mantuvieron en un siglo de vicisitudes gloriosas, de altísimos empeños y de consolidación nacional.

Sobre el golfo que une y acaricia con sus ondas azules las playas de México y de Cuba, no cruzan ya los galeones silenciosos, cargados de los tributos de los pueblos sometidos. Ahora un mismo sol las esclarece de hermosa libertad! Y las pueblan las naves del comercio y del progreso, buscando en las riberas de esta maravillosa tierra mexicana la legítima riqueza en el trabajo y el honor.

Al tender la mirada sobre el siglo que ya cuenta esta Nación y al contemplar sus inmensos progresos, la fe se renueva en el porvenir firme y brillante de la raza española sobre el Continente Americano.

¡Por la gloria y el bien de vuestra Patria, entre los homenajes del mundo, recibid los cordialísimos de Cuba y su Gobierno!

¡Por vuestra ventura, Excelentísimo señor Presidente, recibid los votos de todos los que admiran el patriotismo y el honor!

NÚMERO 25.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Vizconde de Alte, Enviado Especial de Portugal, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 7 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Su Majestad el Rey de Portugal y de los Algarves, mi Augusto Soberano, deseando corresponder á la invitación de Vuestra Excelencia para hacerse representar, lo mismo que su Gobierno, en la celebración del Centenario de la Independencia de México, dignóse nombrarme su Enviado Extraordinario en Misión Especial.

Considero la alta misión que Su Majestad el Rey me confió, como una honra de que guardaré inolvidable memoria, porque debo afirmar, señor Presidente, que son causa de mi mayor admiración las gloriosas tradiciones con que se ilustró la Historia de la Independencia de México y el extraordinario progreso que bajo vuestra sabia influencia se ha desarrollado tan prodigiosamente en esta noble y vigorosa Nación.

Al empeño que Su Majestad el Rey tiene ya manifestado de estrechar lo más posible las cordiales relaciones que felizmente unen á los Gobiernos de Portugal y de México, y de consolidar la natural simpatía que el Pueblo Portugués tiene por el heroico Pueblo Mexicano y sus glorias, y á sus votos por la felicidad personal del señor Presidente y la prosperidad de esta gran Nación, permítame Vuestra Excelencia que una también mis votos particulares.

Su Majestad el Rey corresponde con gran regocijo á la invitación del señor Presidente para hacerse representar, lo mismo que su Gobierno, en ocasión tan trascendental, y enorgullésemme sobre manera la honrosa é importante Misión Especial que mi Augusto Soberano me ha confiado en la brillante solemnización del Centenario de la Independencia de la República Mexicana.

NÚMERO 26.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don George Allart, Enviado Especial de Bélgica, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 7 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Tengo la honra de presentaros las Cartas Reales en que se me encarga una Misión Especial cerca de Vuestra Excelencia, con motivo de la celebración de las fiestas de la Independencia Mexicana.

Cuando hace poco más de un año estuve en este país, me proporcioné la honra de expresaros, señor Presidente, todo el gusto que experimento en representar á Bélgica cerca de un Pueblo que se ha conquistado una admirada situación en todas las esferas de la actividad humana.

La acogida llena de benevolencia que he encontrado por doquiera

ra, no ha hecho sino fortalecer esos sentimientos, y cumplo con espontáneo regocijo la nueva misión que me ha sido confiada, haciéndome eco de mi Soberano para ofrecer á Vuestra Excelencia sus más sinceras felicitaciones.

Pueda marcar esta época una nueva era de prosperidad para este bello país, que reconoce un digno Jefe en la persona de Vuestra Excelencia.

NÚMERO 27.

Discurso pronunciado por el señor don Bernardo de Cologan y Cologan, Comisionado Especial de Grecia, ante el señor Presidente de la República, el 7 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

El Gobierno de Su Majestad Helénica se ha dignado acreditarme por telégrafo y confiarme muy honrosa misión con motivo de esta celebración del Centenario de la Independencia de México. También me ha teleografiado en el mismo sentido, y obtenida la venia de mi Gobierno, cumplo el muy grato y alto encargo de expresar á Vuestra Excelencia, en su nombre, la más amistosa felicitación y los más cordiales votos por la dicha personal de Vuestra Excelencia y por la prosperidad de la Nación Mexicana.

No puedo ocultar que experimento una satisfacción impregnada de emoción, cuando al cabo de larguísimos años quiere el destino recaiga en mí, por ser Ministro de España, encargado de los intereses helénicos, la representación de un Gobierno y País que fué el primer puesto de mi dilatada carrera, dejando desde entonces grabadas en mi ánimo juveniles impresiones y la fresca é imborrable simpatía que jamás nos abandona.

Aparte de toda impresión personal, no puede menos de ser gran honor el llevar la voz de Grecia, aquella antigua Hélade que conocemos y admiramos desde las aulas, como augusta maestra y brillante antorcha de la Humanidad, en las investigaciones de la Filosofía y en las sublimidades del Arte. Díguese, pues, Vuestra Excelencia recibir la felicitación y los votos que, por mi modesto conducto, le envía en este solemne momento el Gobierno de una Nación noble y de tan gloriosa Historia.

NÚMERO 28.

Discurso pronunciado por el señor don Henri Perret, Delegado Especial de Suiza, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 7 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Tengo la honra de poner en manos de Vuestra Excelencia las credenciales que me acreditan como Representante de Suiza ante el Alto Gobierno de México, durante las fiestas con las cuales la Nación Mexicana conmemora los gloriosos hechos de los héroes, quienes, hace cien años, dieron el primer grito de Independencia y supieron morir por la causa sacrosanta de la libertad.

Esas luchas épicas se asemejan á las que Suiza, hermana mayor de México, sostuvo hace 619 años; sus Gobiernos tienen semejanza; los hijos de una y otra Patria van y vienen dándose á conocer y apreciar mutuamente, formando lazos de amistad. Para México, Suiza

no es desconocida; y, distinción de la que podemos estar orgullosos, á uno de nuestros compatriotas encomendó, hace años, la formación de planteles de instrucción para las generaciones futuras, y los honores que le han sido tributados á su muerte hablan altamente en favor de la gran estimación en que tanto él como sus métodos eran tenidos.

Nosotros admiramos á México, á esa Nación joven, de asombrosas energías; admiramos al Ilustre Estadista, quien con mano firme y á pasos de gigante la ha llevado por el sendero del progreso y puestos á una altura envidiable.

En nombre de esa hermana de allende los mares, en nombre del Consejo Fraternal de Suiza, y en el mío propio, me siento orgulloso de presentar las felicitaciones y los votos de felicidad que hacemos para Vuestra Excelencia, para vuestros distinguidos colaboradores, la prosperidad de México y de sus habitantes.

NÚMERO 29.

Discurso pronunciado por el señor don Eudoro Urdaneta, Delegado Especial de Venezuela, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 7 de septiembre de 1910.

Excelentísimo señor Presidente:

En nuestro carácter de Representantes del Gobierno de Venezuela y de su Primer Magistrado, el General Juan Vicente Gómez, durante las grandiosas festividades con que esta próspera Nación conmemora el Primer Centenario de su Independencia, tengo el alto honor de poner en manos de Vuestra Excelencia nuestras respectivas credenciales, que nos acreditan ante el Gobierno Mexicano, tan dignamente presidido por Vuestra Excelencia.

Es muy grato para mí, como Jefe de la Delegación Venezolana, el honor que se me ha conferido, al darme la ocasión de ser el intérprete de los sentimientos de simpatía de Venezuela hacia esta Nación hermana, que celebra feliz y orgullosa la primera centuria de su vida independiente, al amparo de una paz fecunda, sabiamente implantada por Vuestra Excelencia, de la que se ha derivado el alto grado de progreso y prosperidad en que hoy la contemplan las demás naciones del mundo civilizado.

Al hacer la entrega de nuestras credenciales, séame permitido presentar, en nombre del Ciudadano Presidente de la República, en el del Gobierno y Pueblo de Venezuela, como en el nuestro, los más sinceros votos por la dicha personal de Vuestra Excelencia y por la mayor grandeza de la Nación Mexicana.

NÚMERO 30.

Discurso pronunciado por el señor don Julio Corredor Latorre, Delegado Especial de Colombia, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 7 de septiembre de 1910.

Excelentísimo señor Presidente de la República:

Tengo la muy honrosa satisfacción de entregar á Vuestra Excelencia las credenciales que me constituyen en el carácter de Delegado Especial de la República de Colombia á los festejos con que esta

gloriosa República Mexicana celebra el Primer Centenario de su emancipación.

El Gobierno y Pueblo Colombianos, en toda ocasión ligados por vínculos de honda simpatía y leal amistad al Gobierno y Pueblo de este floreciente País, y que han sabido siempre aquilatar la gloria de sus grandes hombres, como lo han mostrado en circunstancias diversas, tal en la muerte del insigne Repúblico Benito Juárez, declarado justificadísimo Benemérito de las Américas por el Congreso Nacional de mi Patria al día siguiente de su tránsito; el Gobierno y el Pueblo Colombianos, repito, han aceptado con satisfacción positiva la atenta invitación que se les hiciera para participar en este legítimo nacional regocijo, y se asocian con toda cordialidad á tan grandiosa celebración.

Al poner en manos de Vuestra Excelencia las dichas credenciales, interpretando los sentimientos unánimes de mi Nación, saludo al egregio Estadista, gloria de la América entera; y en el nombre del señor Presidente de Colombia, en el del Gobierno y Pueblo Colombianos y en el mío propio, hago votos por la prosperidad del noble y denodado Pueblo Mexicano y por la salud de su Ilustre Presidente.

NÚMERO 31.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Paul Lefaivre, Embajador Especial de Francia, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 11 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Investido con la alta misión de representar cerca de Vuestra Excelencia al Gobierno de la República durante las fiestas del Centenario de la Independencia Mexicana, tengo la honra de poner en manos de Vuestra Excelencia las cartas por las cuales el señor Presidente de la República me acredita para tal efecto y me encarga de expresar sus felicitaciones personales y sus votos por la dicha y prosperidad de México.

Penetrado de la importancia histórica del aniversario memorable que celebra la Nación Mexicana, el Gobierno de la República se considera feliz por haber podido, el primero entre todos los Estados, enviar á vuestro País, señor Presidente, un testimonio solemne de lo mucho que aprecia el brillante puesto que tan rápidamente ha sabido conquistar en ambos mundos. Este testimonio, señor Presidente, es una de las joyas de nuestras colecciones nacionales: las llaves de México, que próximamente tendré la honra de poner en vuestras manos y que serán desde entonces el trofeo simbólico de la amistad de nuestros países. La Colonia Francesa, por otra parte, se prepara á ofrecer á vuestra Capital la estatua del inmortal Pasteur, como para hacer irradiar alrededor de esta imagen todos los beneficios de que fué dispensador este gran genio.

Ahora que el nuevo período presidencial se abre brillantemente en medio de fiestas semejantes á una apoteosis, abrigo la firme confianza de que el porvenir, correspondiendo al pasado, fortificará, bajo la égida gloriosa de Vuestra Excelencia, las simpatías que de largo tiempo hacia atrás unen á nuestras dos Naciones. Me siento personalmente feliz, señor, Presidente, de haber sido designado para

saludar á Vuestra Ilustre Personalidad en nombre de M. Armand Fallières y para expresar los votos que Francia entera consagra á México en este aniversario de libertad.

NÚMERO 32.

Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Diaz, Presidente de la República, al recibir las credenciales del Excelentísimo señor Embajador Especial de Francia, el 11 de septiembre de 1910.

Señor Embajador:

Particular agrado me proporciona en esta circunstancia solemne y por todos títulos grata para nosotros, que conmemoramos nuestra emancipación política, la presencia de una Embajada Especial compuesta de miembros tan distinguidos, de un buque de su Armada en nuestras aguas y de un grupo de sus valientes marinos, prontos á marchar fraternalmente unidos á nuestras tropas; con lo que la República Francesa ha querido significarnos la afectuosa estima que profesa á la República Mexicana.

En razón directa tiene que ser y es nuestro agradecimiento hacia ese país que dignamente representáis, y que es antorcha de la libertad humana, propagador inteligente y artístico de las ciencias y las literaturas, maestro en muchas materias, centro de civilización y cultura y amigo muy predilecto de México, que en sus notabilidades, en sus fastos gloriosos y en sus grandes ideas se ha inspirado más de una vez, procurando imitarlo.

Servíos significarlo así á la Nación entera y al Ilustre Presidente que tan sabiamente la gobierna.

NÚMERO 33.

Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor don Santiago Argüello, Enviado Especial de Bolivia, al entregar sus credenciales al señor Presidente de la República, el 11 de septiembre de 1910.

Señor Presidente:

Honrado por el Gobierno de la República de Bolivia con el alto encargo de representarla en el gran festival del Centenario de la Independencia de la noble Patria Mexicana, cumplo con el grato deber de presentaros las credenciales que me acreditan Delegado de aquel País hermano.

Al poner el pie en esta tierra, cuna de héroes, madre de pensadores, nido de artistas; al tender la mirada por este hermoso suelo, fértil para el progreso y para el heroísmo, en donde el sol de la gloria parece que no tendrá jamás ocaso, sentí que la luz de la admiración ofuscaba con sus rayos mi espíritu: admiración por la fecundidad de la Patria y por la diestra mano del sabio Gobernante que así mantiene siempre verde el olivo de la paz, como exuberante y florido el del progreso.

En nombre del Gobierno y del Estado de Bolivia y en el mío propio, permítome felicitaros cordialmente por el tino admirable que habéis tenido en el ejercicio de vuestro difícil y delicado cargo, y felicitar á la República de México por sus propias energías vitales y por contaros al frente de su administración.